

## SALUDO DE LA MAÑANA.

¡Hurra! saludo humilde te envío, mar undoso,  
Te envío diez mil veces, con corazón gozoso,  
Cual saludaron tristes tus olas de zafir  
Aquellos corazones vencidos en la guerra,  
De aquellos diez mil griegos que, ausentes de su tierra  
Presentes en la historia del mundo han de vivir.

Las ondas se agitaban, el céfiro gemía,  
De claridad rosada el sol al mar teñía;  
Bandadas de gaviotas huían con terror  
Lanzando agudos gritos; piafaban los corceles,  
Y un «hurrah» entre el crujido de lanzas y broqueles  
De los helenos pechos se alzaba con ardor.

¡Oh mar! yo te saludo, yo encuentro en tus rumores  
Un eco de aquel suelo que hollaron mis mayores;  
De mi niñez los sueños, ya muertos por mi mal,  
Ver creo entre tus ondas; las dichas ya pasadas,

Las conchas, los corales, las perlas sonrosadas  
Que guardan misteriosos tus cofres de cristal.

¡Cuánto en suelo extranjero mis ojos han llorado!  
Cual flor que ve secarse su cáliz perfumado  
Que el sabio en el estuche metió sin compasión,  
Hallando á sus deseos el universo estrecho  
Latiendo sin ventura en mi angustiado pecho  
Secábase aterido mi pobre corazón.

Ahora me parece que el lento invierno frío  
Pasé en cuarto malsano y fétido y sombrío,  
Y que al dejarlo ahora, contemplo el resplandor  
Del sol que alegre baña la verde primavera,  
Y que me miran creo con avidez sincera  
Los ojos perfumados de la sencilla flor.

Y escucho los suspiros de la extensión poblada  
Con árboles cargados de nieve perfumada,  
Que envuelve la distancia con su irisado tul;  
El éter leve miro que llora y que suspira,  
El orbe entero creo que ríe y que respira,  
Y que «hurrah» el ave canta en la extensión azul.

¡Oh corazón, que glorias como el guerrero griego  
Cobraste con tu huída! ¡Cuánto el amante fuego  
De las hermosas bárbaras te supo fastidiar!  
Los ojos con ardientes miradas me encendían,  
Con sus palabras falsas mi corazón herían,  
Con soñolientas cartas llegábanme á atontar.

En vano el fuerte escudo mis manos presentaban;  
 Silbaban las saetas, los golpes redoblaban,  
 Y al fin, desesperado del frío Norte, huir  
 Me hicieron á tus playas, donde feliz reposo,  
 Y «hurrah,» te digo, abismo libertador y undoso,  
 Alegre yo saludo tus olas de zafir.

### LA TEMPESTAD.

La tempestad sobre la mar se cierne,  
 Y de las nubes la muralla negra  
 Rasga veloz la chispa dentellada  
 Que fulgura y se extiende en las tinieblas  
 Como un trozo de espíritu arrancado  
 De Kroni6n á la fuerte cabellera.  
 Sobre la onda sombría y olvidada  
 Ruge con largos ecos la tormenta;  
 De Poséidon piafan los corceles,  
 Que B6reas engendrara con las yeguas  
 De Ericth6n descrinadas; y las aves  
 Marinas la extensi6n rasgan inquietas,  
 Cual las sombras de muertos que Caronte  
 De la Stygia olvidada en la ribera  
 Arroja de su barca misteriosa  
 De míseros cadáveres repleta.

Allá abajo un navío desdichado  
 A danzas bien difíciles se entrega;

Eólo le envió los más fogosos  
 Músicos incansables de su orquesta:  
 Uno, cruel, le punza; otro, con locos  
 Vaivenes retozones, le golpea;  
 Silba el uno; otro sopla; y el tercero,  
 Con los bajos, la música completa.  
 El piloto entretanto vacilante,  
 El gobernalle en la cansada diestra,  
 Con miradas atónitas, la brújula,  
 Del bajel, alma trémula, contempla,  
 Y tendiendo las manos hacia el cielo,  
 —«Salvadme,—dice con amarga pena;—  
 Tú, Cástor, caballero no vencido,  
 Y tú, Pólux, también glorioso atleta.»—

### EL NAUFRAGIO.

¡Esperanza y amor! todo  
 Me arrebató la fortuna;  
 Yo mismo, como un cadáver  
 Que el mar desprecia en su furia,  
 Yazco tendido en la arena  
 De la ribera desnuda.

Brilla ante mí de las aguas  
 La abandonada llanura;  
 Tras mi dolor y destierro  
 El día tan sólo alumbra,  
 Y por cima de mi frente  
 Las nubes el éter cruzan;  
 Hijas informes del aire,  
 Que del cielo hasta la altura  
 Con sus cubos de neblina  
 El agua elevan que impulsan  
 Al mar otra vez; tarea  
 Enojosa é importuna,

Inútil y fastidiosa  
Como mi existencia oscura.

Vuelan las aves marinas,  
Las verdes ondas murmuran,  
Viejos recuerdos me embargan  
Y olvidados sueños cruzan  
Ante mi vista extendiendo  
Sus visiones de ventura.

Hay en el Norte una hermosa,  
Hermosa como ninguna;  
Sus ropas voluptuosas  
De deslumbrante blancura,  
Su talle de ciprés ciñen  
Y entre sus pliegues circundan;  
Se escapan sus bucles, negros  
Como noche de venturas,  
De su frente, coronada  
De trenzas que se entrecruzan.  
Sobre su rostro, en que brillan  
Palidez, gracia y dulzura,  
Y en su pálido semblante,  
Que con su belleza abruma,  
Cual negros soles sus ojos  
Melancólicos fulguran.

¡Negros soles! ¡cuántas veces  
Encendisteis la fecunda  
Hoguera del entusiasmo  
En mi pecho sin fortuna!

¡Cuántas probé vacilante  
La inenarrable locura,  
La embriaguez misteriosa  
A que la pasión empuja!  
Pero entonces en los labios  
De tu boca roja y muda  
Volteaba una sonrisa  
Llena de infantil dulzura,  
Y de tus labios arqueados  
Fieramente, una tras una  
Brotaban frases graciosas  
Como la luz de la luna,  
Y suaves como el aroma  
Que la flor gentil perfuma,  
Y mi alma entonces volaba  
Del claro cielo á la altura.

Callad ondas y gaviotas;  
¡Esperanzas y venturas!  
¡Amor é ilusiones! todo  
Me arrebató la fortuna.  
Pobre náufrago, tendido  
Yazco en la arena desnuda,  
Apretando mi semblante  
Sobre las arenas húmedas.

### LOS DIOSSES GRIEGOS.

Bajo la luz serena de la luna  
 Como el oro en fusión el mar riela,  
 Resplandor que el fulgor del claro día  
 Con la molicie de la noche mezcla,  
 La vasta playa misterioso alumbrá,  
 Y en el azul del cielo sin estrellas  
 Vagan las blancas nubes como estatuas  
 De dioses colosales y siniestras,  
 Talladas por la mano del acaso  
 En las entrañas de brillante piedra.

No son, no son las nubes, son los dioses,  
 Los dioses mismos de la antigua Grecia,  
 Qué el mundo alegremente gobernaron  
 En pasadas edades con su diestra,  
 Y hoy, después de su ruina y su caída,  
 Cuando la noche silenciosa media,  
 Cruzan dolientes por el ancho cielo  
 Espectros tristes, sombras gigantescas.

Fascinada y atóni a mi vista,  
 Este flotante Pantheon contempla;  
 Colosales figuras que se mueven  
 Y cruzan tristes la extensión serena  
 Con un solemne y sepulcral silencio.  
 —Mirad á Kronion, rey de las esferas;  
 Su nieve los inviernos en los bucles  
 Vertieron, de su oscura cabellera,  
 Sobre aquellos cabellos que al moverse  
 Al Olimpo temblar un día hicieran;  
 Aun con furor el extinguido rayo  
 Trémula empuña su cansada diestra,  
 Y su rostro, que hollara el sufrimiento,  
 No perdió en la desgracia su fiereza.  
 ¡Oh altivo Zeus! tiempos más dichosos  
 Aquellos tiempos que pasaron eran,  
 Cuando saciabas tu apetito ardiente  
 De hecatombes y ninfas hechiceras;  
 Mas de los mismos dioses el reinado  
 Término al fin en el espacio encuentra,  
 Los jóvenes empujan á los viejos  
 Cual tú un día empujaste en vil pelea  
 A tu padre y tus tíos los Titanes,  
 Júpiter parricida con fiereza.

También te reconozco, altiva Juno;  
 A pesar de tus celos y tus quejas,  
 Otra ha tomado el cetro de los cielos;  
 No eres la reina incontrastable y bella,  
 Y tus brazos de lirio ya impotentes  
 Miro, é inmóvil tu ojo de gacela;  
 Y ya á la hermosa que de Dios el hijo,

Fruto divino, en sus entrañas lleva,  
 Tu venganza cual rayo de los cielos,  
 Diosa vencida, á destrozarse no llega.

Y á tí también, también te reconozco:  
 ¿Con tu saber y tu égida y tu fuerza  
 La caída evitar no has conseguido  
 Del viejo Olympo, Palas Athenea?  
 Y también llegas tú, tierna Afrodita;  
 Tus cabellos cual oro en tu cabeza  
 Brillaban otras veces, ahora luce  
 Como plata tu hermosa cabellera.  
 Hermosa estás, el cinturón famoso  
 De las Gracias te ciñe y te sujeta,  
 Y sin embargo, miedo incomprensible,  
 Raro temor me causa tu belleza;  
 Y si cual héroes de lejanos días  
 Tu hermoso cuerpo poseer debiera,  
 Por loca angustia el corazón opreso  
 Yo moriría de quebranto y pena.  
 Eres tan sólo, Venus Libitina,  
 Ya de la muerte la deidad siniestra.

Tampoco Arés con su mirada amante  
 A su querida lívida contempla;  
 Febo Apolo, el hermoso adolescente,  
 Inclina tristemente la cabeza,  
 Y la lira sonante que alegrara  
 Del Olimpo feliz la noble mesa,  
 Y vibró en el banquete de los dioses,  
 Destemplada sostiene con su diestra.  
 Más sombrío Hefastos me parece,

Y el adusto Vulcano con fiereza  
 A la celeste reunión no sirve,  
 A Hebe sustituyendo, el dulce néctar.  
 La risa inextinguible de los dioses  
 Después de tanto tiempo ya no suena.

Yo jamás os amé, ¡viejas deidades!  
 ¡Divinidades clásicas y fieras!  
 Mas piedad santa y compasión ardiente  
 De mi pecho sensible se apodera  
 Cuando errantes os miro por la altura,  
 ¡Dioses abandonados! ¡sombras muertas!  
 ¡Nebulosas imágenes que el viento  
 Hace huir aterradas y dispersas!  
 Y al pensar cuán cobardes y cuán falsos  
 Los dioses son que un día os vencieran,  
 Esos sombríos y modernos dioses  
 Que hoy los cielos dirigen y gobiernan,  
 Zorros de sangre ansiosos, que se cubren  
 Con la piel del cordero, ardiente llena  
 La ira mi pecho, y deshacer sus templos  
 Y por vosotros combatir quisiera.  
 Por vosotros, deidades sonrientes,  
 Y vuestro buen derecho, que la Grecia  
 Con su ambrosía perfumó, y sumiso,  
 En vuestro nuevo altar lleno de ofrendas  
 Adorar y cantar y alzar al cielo  
 Los brazos suplicantes yo quisiera.

Verdad es que otras veces, viejos dioses,  
 De los humanos en las luchas fieras

Del vencedor tomabais el partido,  
 Venales cortesanos de la fuerza.  
 Pero es el alma del mortal más noble,  
 Más entusiasta y generosa y tierna,  
 Y yo sigo, en las luchas de los dioses,  
 De los dioses vencidos la bandera.—

Hablaba así, y en el sereno cielo  
 Las visiones fantásticas de niebla,  
 Sensibles á mi voz, enrojecían,  
 Mirábanme con silenciosa pena,  
 Y cual por el dolor transfiguradas  
 Fundiéronse de pronto en las tinieblas.  
 Ya se había escondido silenciosa  
 La luna tras las nubes cenicientas,  
 Alzaba el ancho mar su voz sonora,  
 Y del espacio en la extensión inmensa  
 Salían victoriosas, derramando  
 Sus eternos fulgores, las estrellas.

### CUESTIONES.

A orillas del mar desierto,  
 Junto al piélago intranquilo,  
 Un joven lleno de dudas  
 Se detiene pensativo,  
 Y así á las ondas inquietas  
 Dice con aire sombrío:

—«Explicadme de la vida  
 El arcano no sabido,  
 Enigma que tantas trentes  
 Ardieron por descubrirlo;  
 Cabezas engalanadas  
 Con adornos pontificios,  
 Frentes con mitras hieráticas,  
 Con turbantes damasquinos,  
 Con birretes doctorales,  
 Con pelucas, con postizos  
 Cabellos, y tantas otras  
 Cabezas que el escondido

Enigma saber quisieron,  
 Decidme, yo os lo suplico:  
 ¿Qué es el hombre? ¿de dó viene?  
 ¿Adónde va su camino?  
 ¿Qué habita en el alto cielo  
 Tras los astros encendidos?»—

El mar su canción eterna  
 Murmura triste y dormido;  
 Sopla el viento; huyen las nubes;  
 Los astros en el vacío  
 Fulguran indiferentes  
 Con sus resplandores fríos,  
 Y un demente una respuesta  
 Espera en tanto intranquilo.

## EL PUERTO.

Feliz aquel que al puerto llega al cabo,  
 Tras sí dejando mares y tormentas,  
 Y tranquilo en el sótano abrigado  
 Se sienta al fin del *Rathskeller* de Brema.

¡Cuán fiel y delicioso el mundo todo  
 En el cristal del *ræmer* (1) se refleja,  
 Y cuán luciente al corazón cansado  
 Ese moviente microcosmo llega!  
 Yo en ese vaso reunidos veo  
 Del humano infeliz la historia entera:  
 A Gans el sabio, y al severo Hegel,  
 El Turco altivo, la riente Grecia;  
 Bosques de limoneros, y paradas  
 Militares; Berlín, Túnez, Abdera;  
 Pero ante todo, el corazón prefiere  
 De mi amada mirar la imagen tierna,  
 Y ver del Rhin sobre el dorado fondo  
 Leve oscilar su angelical cabeza.

(1) *Ræmer*, vaso de estaño, y fondo de cristal, á propósito para servir la cerveza.

¡Hermosa eres, mi bien, como una rosa!  
 No cual la rosa de Sehiraz, la eterna  
 Pasión del ruiseñor que Hafiz cantara;  
 No cual la rosa de Sarón, la fresca  
 Y santa flor de rojas aureolas  
 Que en sus salmos cantaron los profetas;  
 Tú te pareces á la oliente rosa  
 Del abrigado *Rathskeller* de Brema.  
 La rosa es de las rosas; nunca muere  
 Y florece en eterna primavera.  
 Su perfume divino me ha devuelto  
 La fe y el entusiasmo con tal fuerza,  
 Que si el digno y honrado repostero  
 Del abrigado *Rathskeller* de Brema  
 No me hubiera tenido por la espalda,  
 Ruedo hasta el suelo dando volteretas.

Hombre honrado y leal; sentados juntos,  
 Bebo con él con fraternal franqueza;  
 Altas cuestiones debatimos graves;  
 Suspiramos los dos con honda pena,  
 Y lo abrazo por fin: él me ha enseñado  
 Del cariño la ley constante y tierna.  
 Yo por mis más crueles enemigos  
 He brindado con él; y á los poetas  
 Malos dí mi perdón, para que al cabo  
 Yo también perdonado un día sea.  
 Yo lloré compungido, y miré abrirse  
 Por último ante mí del bien las puertas:  
 La bodega; solemne santuario  
 Donde doce toneles, que de inmensa

Cabida están dotados y se llaman  
 Los apóstoles santos, con fe eterna  
 Preces y preces dicen en silencio...  
 Y es no obstante universal su lengua.

Personajes notables: es sencillo  
 Su exterior, y sus ropas de madera;  
 Mas por dentro, más bellos, más brillantes  
 Que todos los levitas de la Iglesia,  
 Y de Herodes feroz los cortesanos  
 Engalanados de oro y plata y sedas.  
 Yo siempre he dicho que Jesús divino,  
 Que el Señor de los cielos y la tierra  
 Vivió en medio de nobles compañías,  
 No entre gentes vulgares y groseras.

¡Aleluya! ¡Qué grato es el perfume  
 Que aspiro de Bethel en las palmeras!  
 La mirra del Hebrón ¡qué aroma exhala!  
 ¡Qué dulce el viento entre los tilos suena!  
 ¡Cuán alegre el Jordán, el sacro río,  
 Murmurando á compás se balancea!  
 Y con él á compás mi alma vacila,  
 Y se mece, y vacilo yo con ella;  
 Y también vacilando, el repostero  
 Del abrigado *Rathskeller* de Brema,  
 Adonde brilla el resplandor del día,  
 Me conduce subiendo la escalera.

¡Oh! bravo repostero, mira, mira;  
 Míralos bien, en las techumbres viejas

Están todos los ángeles sentados;  
 Ebrios están, y cantan y vocéan:  
 El sol que en lo alto brilla, es solamente  
 Un mascarón rojizo que se quema  
 La nariz del espíritu del mundo.  
 Y en torno á esta nariz que arde y flamea,  
 Entre burlas y risas y canciones  
 Con loco afán el universo rueda.

### EPÍLOGO.

Como ondulan en el prado  
 Las mieses ante los vientos,  
 En el cerebro agitado  
 Del pensador olvidado  
 Ondulan los pensamientos.

Y son las enamoradas  
 Imágenes del poeta,  
 Cual las flores azuladas,  
 Que abren su corola inquieta  
 Entre las mieses doradas.

¡Pobre flor, azul ó roja!  
 El segador, con su mano,  
 Por inútil te deshoja;  
 Con necio desdén te arroja  
 De su campo el aldeano.

Y el que los campos pasea,  
Cuando la vista derrama  
Y en vosotros la recrea,  
Flores malditas os llama  
Y vuestra muerte desea.

Mas la aldeana inocente  
Que coronas perfumadas  
Teje al amor, sonriente,  
Entre sus trenzas doradas  
Os coloca alegremente.

Y corre de dicha llena  
Hacia el baile bullicioso,  
Donde con s6n cadencioso  
Melanc6lico resuena  
El viol6n armonioso,

Si no prefiere la umbrosa  
Fronda, donde misteriosa  
La voz de su bien querido  
Suena m6s grata en su o6do  
Que la flauta cadenciosa.

---

## EL REGRESO